

ÁLVARO LOBATO



Nacido en Madrid en 1960, magistrado en excedencia. Abogado socio del despacho DLA Piper. Forma parte del patronato de Fide. Ha escrito varios artículos en revistas especializadas y en prensa económica. También ha participado en multitud de conferencias, cursos y foros sobre materias jurídicas y económicas.



PORTBOU, FINAL DE TRAYECTO

Verano de 2016.

A primeras horas de la tarde de un día de julio, después de un prolongado viaje cuyo último tramo discurre por una serpenteante y sinuosa carretera, llegamos, finalmente, a la bahía de Portbou, un pueblecito en el extremo nororiental de Girona, con escaso atractivo turístico, situado a pocos kilómetros de la frontera francesa, un lugar que antaño, cuando las líneas de demarcación en Europa tenían algún significado, había servido de tránsito para el contrabando de alcohol y tabaco y de paso transfronterizo para quienes huían a ambos lados de la frontera.

En la actualidad, aquel mundo de aventura con su glamuroso aroma de piratería clandestina, pero también con el dolor y el sufrimiento de muchas vidas truncadas, sólo se conserva en la memoria, teñida de nostalgia, de un tiempo que nadie quiere recordar. Y sin embargo, mi presencia aquí obedece a la necesidad, siquiera íntimamente sentida, de desempolvar un retazo del pasado, de absorber la experiencia simbólica de un acontecimiento que, acaecido mucho

tiempo atrás, iba a situar para siempre este minúsculo pueblo en el límite nordeste de Cataluña, en la ruta intelectual de la humanidad.

26 de septiembre de 1940.

La habitación número cuatro del hostel Francia, una fonda lúgubre y desvencijada que, milagrosamente, se conservó intacta después de los terribles bombardeos que asolaron la población durante los últimos días de la Guerra Civil, acoge a un huésped un tanto singular. No es su carácter de refugiado lo que le distingue de las decenas de perseguidos que desde hace varios meses huyen de la barbarie que asola Francia. Desde principios del mes de junio, ciudadanos de todas las naciones europeas atraviesan la frontera, recorriendo la famosa «ruta Líster», una larga caminata de varios kilómetros que conduce a la liberación desde Banyuls sur Mer en la Francia de Vichy hasta Port Bou.

Pero este alemán canoso y envejecido, pese a que aún no ha cumplido la cincuentena, que exhibe el porte académico de un profesor distinguido, está custodiado por una pareja de guardias civiles apostados en la puerta de su habitación. En aquellos tiempos la inmensa mayoría de los refugiados que atravesaban la frontera española entraban clandestinamente en el país, sin documentos ni identificación alguna. Su único objetivo era alcanzar la costa portuguesa en Lisboa o Estoril y obtener un visado para embarcar, tan pronto como fuera posible, rumbo a América, la nueva tierra prometida.

Paradójicamente, y pese a esa existencia errática y bohemía, forzada por el curso de su vida, Walter Benjamin conservaba todavía, en el reducto más íntimo de su ser, ese halo de respeto y confianza en la ley y la autoridad que la exquisita educación de la alta burguesía alemana inculcaba en sus jóvenes más prometedores. Había huido de Alemania cuando las condiciones de trabajo se hicieron insostenibles

y su propia seguridad personal peligraba, había escapado de París justo dos días antes de que la Werhmacht desfilara por los Campos Elíseos y había iniciado el último trayecto desde Marsella con un permiso de residencia bajo el brazo que le autorizaba a emigrar a los Estados Unidos.

Sólo faltaba un documento, por lo demás no demasiado significativo sobre todo cuando hubiere alcanzado el territorio relativamente seguro de la España de Franco. El visado de salida de la Francia de Vichy, imposible de obtener para un refugiado judío alemán, podía obviarse traspasando clandestinamente la frontera. Fue por eso por lo que decidió unirse a uno de aquellos grupos que cruzaban ilegalmente la frontera española, dirigidos por Lisa Fitkko, una intrépida inmigrante húngara que salvó a decenas de refugiados a través de los Pirineos. A las primeras horas del alba del día 25 de septiembre, Walter Benjamin, Henny Gurland, una fotógrafa que había conocido en Marsella y que después de la guerra se casaría con Erich Fromm, y su hijo Joseph de dieciséis años, guiados por Lisa Fitkko inician una larga caminata de más de tres horas para inspeccionar el terreno a modo de ensayo de la travesía que deberán completar al día siguiente.

Al llegar a un claro en el camino, Benjamin se deja caer en la hierba y cierra los ojos. Es incapaz de proseguir la marcha y mucho menos de volver sobre sus pasos y rehacer el camino a la mañana siguiente. Contrariamente a la opinión de Lisa, Benjamin decide permanecer en aquel sitio y pernoctar hasta el siguiente día, de manera que cuando el grupo regrese le recogerán en aquel lugar para proseguir la marcha. Lisa y sus dos acompañantes regresan a Banyuls.

Efectivamente, a las siete de la mañana del día 26 de septiembre encuentran a Benjamín exactamente donde le habían dejado, sentado sobre la hierba, con los ojos enrojecidos por el cansancio y el rostro demacrado por la falta de sueño, al borde del derrumbamiento físico. No obstante el

grupo prosigue la marcha a través de un terreno escarpado y difícil que, en ocasiones, les obliga a andar casi arrastrándose durante alguna parte del camino. Las frecuentes paradas, debidas al cansancio de Benjamin por sus problemas cardiacos, retrasan la caminata y dificultan la travesía.

Posteriormente, Lisa Fitkko, en sus memorias escritas años después, relatará una anécdota muy ilustrativa del carácter singular de Walter Benjamin, de la formidable solidez de su mundo interior y de esa admirable capacidad de abstracción que le confería un cierto aura de imperturbabilidad, casi de irrealidad, frente a los avatares de la existencia. En uno de aquellos frecuentes descansos que acompañaron la ascensión durante la interminable ruta, Lisa ofreció al grupo algunos tomates y unos trozos de pan para reponer fuerzas. Tanto Henny como su hijo comenzaron a comer inmediatamente, como era natural. Benjamin, por el contrario, ante el ofrecimiento, de manera protocolaria, «como si estuviera en la corte española de Felipe II» —según recogería Lisa en sus memorias— se dirigió a la «anfitriona» y le preguntó de manera surrealista «¿me autorizaría usted, querida señora, a servirme?».

Finalmente, al principio de la tarde, después de casi diez horas de caminata, el grupo llega al «camino de las crestas», un claro de ensueño que en palabras de Hannah Arendt, quien acudirá allí algunos meses más tarde para visitar la tumba de su primo, es «uno de los lugares más bellos que haya visto en mi vida».

Allí Lisa abandona el grupo que no tardará en llegar al pueblo. Una vez en Port Bou se dirigen al cuartelillo de la Guardia Civil, que hace las veces de puesto fronterizo a fin de obtener el visado de entrada en España. Pero es aquí donde las cosas empiezan a torcerse, «donde el granito de arena atasca la maquinaria», como comentaría posteriormente uno de los biógrafos de Benjamin.

El gobierno español, inmediatamente después de la visita de Von Ribbentrop, ha modificado la normativa que rige la entrada de los extranjeros en el país y ahora exige para autorizar el tránsito el permiso de salida del territorio francés, justamente el mismo documento que Benjamin no había podido obtener en Marsella, la razón por la que había decidido iniciar su fuga clandestina. El grupo es retenido y se le invita a pasar la noche en la Fonda Francia, a escasos metros de las dependencias policiales, a la espera de ser devueltos a territorio francés a la mañana siguiente.

Benjamin vivirá las horas siguientes invadido por una justificada angustia. Como intelectual judío había tenido que abandonar su patria en 1933 cuando los nuevos amos de Alemania impusieron el reinado del terror y desataron la persecución contra los que ellos tildaban de enemigos del Estado. Conocía la suerte que le esperaba a quienes caían en las manos de la Gestapo. No se hacía ilusiones al respecto porque era perfectamente consciente del funesto destino de aquellos, amigos y familiares —su propio hermano había sido internado en un campo de concentración—, que habían optado por permanecer en el interior del Reich. Respecto de estas cuestiones Benjamin no era ningún ingenuo.

Durante la cena en el comedor, comenta a sus acompañantes lo desesperado de la situación. Las circunstancias no permiten albergar ninguna razón para el optimismo. En la mesa de al lado, la pareja de guardias civiles que les custodiaban compartían mantel con dos funcionarios de la Gestapo encargados de vigilar el tránsito ilegal de emigrados a través de los Pirineos. Terminada la cena, Benjamin se retiró a su habitación, la número cuatro, situada en el primer piso del hostel.

Fonda Francia. 21 horas del 26 de septiembre de 1940.

Walter Benjamin se encuentra profundamente desolado. Sus últimas esperanzas de emigrar a América para integrarse definitivamente en la estructura académica del «Institut» y así poder trabajar junto a su amigo Adorno se desvanecen aceleradamente cuando conoce la decisión de las autoridades españolas de entregarle a la mañana siguiente a los gendarmes de Vichy.

Desde ese momento toda su energía se concentrará en poner a salvo el manuscrito de su última obra, que guarda celosamente en un pequeño y raído maletín de cuero que contiene todas sus pertenencias. Las «Tesis sobre filosofía de la historia» que convertirán a su autor en uno de los pensadores más célebres del siglo XX se hallan depositadas en una cartera vieja y desgastada, en un pueblecito perdido de la frontera pirenaica a merced de los bárbaros que imponen el terror y la tiranía en Europa. No hay mejor estampa que envuelva la paradoja que ilumina la ambigua dialéctica de la **ilustración**, el rostro de Jano de la cultura europea que tan brillantemente recoge la categórica afirmación de Benjamin: «Todo documento de la civilización es, simultáneamente, un documento de la barbarie».

Para Benjamin, el desesperado pesimismo de una historia sin sentido sólo puede ser interrumpido mediante un acontecimiento mesiánico, salvífico, una irrupción soteriológica en el continuo de la historia. Ese es el papel de la teología. Su analogía con el muñeco de ajedrez manejado secretamente por un enano jorobado, maestro del juego, es una de las descripciones más bellas y poéticas que jamás se hayan escrito sobre la función de la filosofía en la historia. La teología, vieja y fea, es el autómatas secreto que mueve las piezas de ese muñeco que siempre gana llamado materialismo histórico.

Esta obra póstuma que el mundo conocería gracias a la publicación de Adorno y sus colegas del Instituto de Inves-

tigación Social es un pequeño caleidoscopio en el que se despliega el complejo y singular pensamiento de Walter Benjamin. Tanto su vida como su obra muestran las huellas de una tensión nunca resuelta entre tres polos gravitatorios que definen un muy particular campo de fuerzas, cuya armonía sólo resultaba posible gracias al inestable equilibrio entre el genio literario, la filosofía estética y la mística materialista del propio Benjamin. El resultado fue una obra radicalmente original, una filosofía sin escuela, un arte que se consume con la vida de su autor.

La vida de Benjamin, educado conforme a los cánones de la alta cultura alemana, que con tanto empeño se afanaba en imitar la burguesía judía asimilada a la que pertenecía su familia, discurrió siempre al filo de la indigencia, bordeando la miseria en algunas ocasiones, permanentemente necesitado de ayuda; una existencia material degradada que se correspondía con una obra decididamente marginal, calificada por algunos de esotérica, incomprendible las más de las veces para el *establishment* académico y jalonada por la presencia de aquellas amistades, personales e intelectuales, que conformaron su peculiar singularidad.

Bertolt Brecht, Theodor Adorno y Gershom Scholem no sólo fueron amigos y compañeros intelectuales de Walter Benjamin. Además de ejercer una profunda influencia a lo largo de su vida, cada uno de ellos era portador de una poderosa tradición intelectual, de una acrisolada corriente de pensamiento que coexistía en el interior de la obra benjaminiana de una manera específica; sin perder la pátina de su originalidad y autonomía, sin fusionarse en una estructura intelectual unificada, operaba como una aleación heterogénea en la que cada una de las partes conservaba su peculiar fisonomía en mutua interdependencia con el resto.

Gershom Scholem fue el primero que le conoció y el que ejerció una influencia más temprana y, si se quiere, genuinamente original. Se encontraron por primera vez en Berlín

en 1915 y desde entonces se profesaron una mutua admiración y respeto, que se prolongaría hasta la muerte de Benjamin y aún posteriormente, cuando Scholem contribuyera decisivamente a la conservación y publicación de la obra de su amigo. Pese a que Scholem emigró a Palestina en 1923 y, aunque dedicó el resto de su vida a reconstruir la mística judía, convirtiéndose en un erudito de la cábala internacionalmente reconocido, la separación física y la divergencia de intereses intelectuales no impidieron que ambos forjaran un horizonte de reflexión compartido.

Y si bien Gershom Scholem fracasó en última instancia, tanto en su empeño de convencer a su amigo de que emigrara y se estableciera definitivamente en Palestina, como en su pretensión de que Benjamin reorientara su actividad intelectual y se centrara exclusivamente en el judaísmo, lo cierto es que su influencia en el pensamiento y en la obra de éste fue innegable y duradera. En muchos de los escritos de Benjamín se aprecia la presencia, a veces directa e inmediata, en otras ocasiones como un eco lejano, de los abundantes elementos característicos de la mística judía con la que se había familiarizado gracias a las conversaciones con Scholem. El fantasma de la teología que tanto irritaba a Brecht proyectaba su sombra sobre las grandes creaciones de Benjamin; sobre el concepto de aura en la obra de arte, sobre la alegoría como significado e incluso sobre aquella monumental fisionógmica del siglo XIX que es el *Libro de los Pasajes*.

Pese a todo, su reticencia a emigrar a Palestina incluso a riesgo de su seguridad personal, puede leerse como una renuencia a abandonar el otro polo de atracción que configuraba su pensamiento y que, a la postre, le resultaba igualmente irrenunciable: su compromiso con una cierta forma de materialismo, si se quiere heredero, aunque muy lejano, de la tradición del marxismo occidental inaugurada por Lukacs y Korsch en los años inmediatamente posteriores a

la Primera Guerra Mundial. Fue esa inclinación materialista la que le aproximó a Bertolt Brecht, cuya influencia, intermitente pero duradera, difícilmente puede ser exagerada.

Brecht, dotado de una fuerte y magnética personalidad ejerció siempre de atento vigía frente a lo que él llamaba «las desviaciones místicas» de Benjamín. Aunque oficialmente nunca fue militante del Partido Comunista Alemán, lo cierto es que tanto el teatro épico de nuevo cuño que ideó políticamente comprometido, como sus montajes artísticos, con su estudiada puesta en escena y su simbología proletaria, le aproximaban muy estrechamente a la línea del partido. Los veranos del exilio pasados en la isla danesa de Svendborg, vividos en la intimidad con Benjamin dejarían su huella en la obra de este último, siempre atento a las sugerencias e indicaciones que procedían de su comprometido amigo. Para Benjamin la amistad con Brecht significaba algo más que una mera camaradería; era un anclaje intelectual con aquella parte del mundo real que le era completamente ajena.

Es difícil precisar hasta qué punto se extendió la influencia de Brecht en la obra de Benjamin, porque este mantuvo siempre una puerta abierta con el simbolismo alegórico de la mística judía que impedía la completa absorción materialista, en alguna medida ortodoxa y vulgar, que preconizaba Brecht. Pero, sin duda, hubo momentos en los que el materialismo histórico parecía tomar la delantera. Era precisamente en esas coyunturas tan singulares en las que el precario equilibrio con el que forcejeaba Benjamin parecía estar fracturándose, cuando la presencia de Adorno se dejaba notar con más intensidad.

Adorno, once años más joven, conoció a Benjamin a principio de los años veinte, en Frankfurt, por mediación de su común amigo Siegfried Kracauer, y desde el principio quedó fascinado por la capacidad de Benjamin para captar los detalles fragmentarios de la existencia, pero que contenían en su misma esencia un momento de la totalidad. Era

esa peculiar habilidad de «deducir el mundo de los granos del café» lo que cautivó la inquieta imaginación de Adorno y dejó en él una huella duradera que le acompañó durante toda su producción intelectual.

Mucho más tarde, cuando el brillante itinerario académico de Adorno le condujera a las proximidades del Instituto de Investigación Social —el Institut— junto a Max Horkheimer con quien llegaría a forjar una legendaria y rutilante colaboración intelectual, aquel nunca olvidó la deuda que había contraído con el pensamiento escurridizo, flexible y dialéctico de Benjamin. La futura mujer de Adorno, Gretel Karplus —ella misma una intelectual reconocida— amiga íntima y confidente de Benjamin, también contribuyó decisivamente a mantener y prolongar la amistad entre ambos.

Hacia el final de los años treinta, una época extraordinariamente difícil para Benjamin en su exilio parisino, Adorno hizo cuanto estuvo en su mano para favorecer la ayuda económica que el Institut brindaba a Benjamin, decisiva para mantener no sólo su producción intelectual, sino su propia existencia física. Sin embargo, como algún crítico perspicaz se ha encargado de señalar, esa ayuda no fue totalmente desinteresada.

Adorno y la dirección del Institut en Nueva York, que seguían manteniendo en el exilio el elevado estilo de vida de la alta burguesía, estaban convencidos de la nefasta influencia que Brecht ejercía sobre Benjamin, reduciendo su pensamiento a una ortodoxia materialista esclerotizante, que limitaba la apertura de horizontes propia de esa «dialéctica de la mirada» que caracterizaba el pensamiento, inclasificable y genuinamente original, de Benjamin. Adorno sería el encargado de hacerle llegar, en forma de críticas educadas pero severas, las permanentes insuficiencias dialécticas detectadas en los borradores de sus ensayos y que a juicio del Institut revelaban la intermitente pero continua y densa presencia del «diablo de Copenhague», como llegó

a ser conocido Brecht entre los miembros del círculo interior del Institut. A su vez este contratataba censurando el opulento modo de vida de aquel grupo de «mandarines» y parodiando la labor desarrollada por el Instituto de Investigación Social en alguna novela satírica menor.

Es posible que todo ello implicara alguna forma de presión a la que Benjamin, por razones obvias, era particularmente sensible. Pero era igualmente obvio que aquellas críticas de Adorno contribuyeron poderosamente a equilibrar el pensamiento de Benjamin, preservando su identidad original cuando se escoraba demasiado, como consecuencia del pesado fardo del materialismo de Brecht. Benjamin, más allá de la supervivencia económica que garantizaba el estipendio del Institut, era muy consciente de ello y sentía que, en última instancia, siempre se había encontrado más próximo a Adorno que a cualquier otro de sus compañeros y amigos.

También ahora, en este momento crítico de su vida cuando la amenaza inminente de la deportación se cernía como una espada de Damocles sobre la precaria vida de Benjamín, volvió a elegir como interlocutor, en el instante de la despedida, a Theodor Adorno. Benjamin tomó la decisión de poner fin a su vida cuando alcanzó la convicción de que su existencia debería terminar en aquel pueblecito de los Pirineos antes de ser entregado a las autoridades francesas e iniciar el largo periplo de la deportación hacia los campos de la muerte.

Garabateó unas líneas de despedida, en las que justificaba la premura de su decisión, excusándose por no poder dirigirse personalmente a todos sus amigos y compañeros y pidiéndole a Adorno que lo hiciera en su nombre. Seguidamente introdujo la carta en un sobre y se lo entregó a Henny Gurland con el encargo de que la hiciera llegar «a su amigo Adorno». Por último, extrajo varias píldoras de morfina de su viejo maletín y las ingirió de un golpe ayudado por un

vaso de agua. Se tumbó sobre la cama y se entregó a un sueño del que ya nunca despertaría.

La noticia del suicidio de Benjamin causó una fuerte conmoción entre el grupo de refugiados. Las autoridades españolas tampoco resultaron inmunes al acontecimiento. Azorados por el triste episodio los guardias tomaron la decisión de dejar pasar a todo el grupo a territorio español, desde el que rápidamente se trasladaron a Lisboa para embarcar rumbo a América. Extraña paradoja del destino. Si Benjamin hubiera esperado un día más quizás se hubiere salvado... O quizás no porque, en buena medida, fue su muerte la que precipitó el destino del grupo.

24 de julio de 2016. Playa de Portbou.

Junto al mar, en un montículo que domina el horizonte al lado del cementerio, se alzan dos bloques de acero colocados en paralelo y separados por escasos centímetros mediante una escalera que permite descender por su interior hasta concluir en el mar. El objeto y el significado de esta escultura, erigida por Dani Karavan para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la muerte de Walter Benjamin, sólo resulta accesible desde el interior del mundo y de la obra del propio autor.

Adecuadamente caracterizada como «Passatges», configura simbólicamente la intersección entre el zigzagueante itinerario intelectual de Benjamin y la fragilidad de su existencia arrastrada permanentemente al abismo de la pobreza y la necesidad. La imaginativa solución de Karavan desemboca en un horizonte estrecho, con el mar de fondo como una vía de dirección única al final del angosto pasadizo, una síntesis de la obra más emblemática de Benjamin, que le vinculó para siempre a la ciudad que nunca quiso abandonar.

Cuando, ante ese monumento fúnebre erigido en su memoria, uno evoca la figura de Walter Benjamin no puede

por menos que reconocerse en aquella mirada microscópica, en ese afán por percibir «la milésima del detalle», había sedimentado algo más que la mera curiosidad del observador; allí habitaba un instante de la grandeza creativa de la humanidad.

